

EL OLVIDO DE LOS SILENCIOS NEGROS EN EL VALLE DEL RISARALDA: ENTRE LA HISTORIA DE LOS VENCEDORES Y LA MEMORIA DE LOS SUBALTERNOS.

Carlos Alfonso Victoria Mena¹

El asentamiento de Cañaveral del Carmen, al sur del hoy Municipio de La Virginia (Risaralda), desapareció por efecto de los procesos de acumulación y concentración de tierras hacia 1923 por parte de empresarios territoriales, luego de un prolongado forcejeo jurídico que favoreció las pretensiones de los hacendados quienes emplearon todos los recursos, incluido la violencia para lograr sus objetivos usurpadores. De esta manera el valle del río Risaralda, al occidente del Viejo Caldas, pasó de ser un lugar inhóspito, agreste y refugio de economía de la campesina a lo largo del siglo XIX, a constituirse en un emporio ganadero y cañero, dando al traste con los vestigios bioculturales de la frontera cimarrona que se había arraigado allí desde finales del siglo XVIII.

La ganadería a expensas de la ocupación de baldíos y el mercado de tierras impuso una narrativa que ocultó los costos sociales, políticos, bioculturales y ambientales, al menos, de lo que pudo significar para la construcción de un modelo de hegemonía sustentando en la exaltación de la figura del hacendado, como el arquetipo de una institucionalidad asociada a la creación de riqueza y la acumulación de poder en la sociedad.

Por fuera de esta narrativa quedaron los negros y pobres de todos los colores tras la entronización de la conquista empresarial plasmada en novelas, crónicas y evocaciones propias de los *vencedores*. En esta ponencia se busca demostrar cómo obró el *lugar social de enunciación* (De Certeau, 2006) en la construcción de una historia que cargó tintas a favor de los procesos de modernización capitalista, subsumiendo y estigmatizando a las expresiones sociales y culturales de la economía campesina. De este modo el lugar de la economía campesina pasó a convertirse en el lugar de la acumulación terrateniente.

La demonización del negro y la divinización del blanco, por ejemplo, fueron el resultado de la incidencia de las instituciones de un saber al servicio de pretensiones y representaciones hegemónicas, de amplio espectro político que permitieron construir un orden racial bajo la escritura “blanca” (Barbero, 2001, 13). Desde la idea de lugar social es clave, entonces, preguntar quién es el narrador, quién habla por los otros, desde dónde habló y desde qué espacio institucional lo hizo.

En este contexto es necesario dialogar con las preguntas de Foucault: ¿Quién habla?, ¿Quién escribe?. En una sociedad postcolonial como la del siglo XIX y un espacio en tránsito hacia el modo de producción capitalista de comienzos del XX, en la que predominaba la oralidad entre los grupos subalternos, y la escritura –así como las prácticas de lectura–, estaban reducidas a las élites, y a los propios productores del *lugar*, como tal: hacendados, comerciantes, funcionarios y la intelectualidad que le era afín. En mi investigación *El olvido de los silencios negros en el valle del Risaralda 1880-1973* (2013), la historia oral devela y contradice la

¹ Magister en Historia – Profesor Asistente, Departamento de Estudios Interdisciplinarios, Facultad de Ciencias Ambientales, Universidad Tecnológica de Pereira. Grupo de Investigación Filosofía y Memoria, Facultad de Educación. cvictoria@utp.edu.co

historia de los vencedores, a través de subalternos como Elvia Chamorro, quien protagonizó la resistencia en contra del despojo en dicho valle. Es a estas “zonas silenciosas” a las que De Certeau invita a descubrir en las operaciones historiográfica que buscan reconstruir al Otro, al que fue estigmatizado y discriminado.

Una primera hipótesis, con base en las evidencias anteriormente mencionadas, es que en las narrativas impregnadas de historia operan leyes silenciosas que organizan el espacio producido como un texto, según considera De Certeau. En este caso la organización del espacio corrió por cuenta de unos relatos con capacidad de representar y transmitir las imágenes encarnadas por los actores hegemónicos del proceso de transformación del valle del Risaralda. Se trata, directa o indirectamente, de operaciones historiográficas tendientes a producir ruidos pero también silencios. Nada más ni nada menos que los silencios y su derivado directo el olvido, como materia problemática entre la opacidad silenciosa de la realidad, a que apela el autor citado, y la historiografía que nos lleva a preguntarnos por quiénes hicieron la historia. Es decir quiénes y como se organizó, desde los lugares sociales de enunciación, la representación del pasado al punto de usar y acoger la literatura como fuente histórica.

El lugar social es producido por disciplinas, instituciones y núcleos del saber. Por intelectuales y científicos que, a su vez, enlazan un lugar social con otro, estableciendo un saber que no puede separarse de una institucional social. En nuestro caso es necesario conectar el lugar social de la narrativa interrogada con las instituciones que le dieron sustrato intelectual y político. Las mismas, como advierte el autor, que organizan la sociedad y el cúmulo de ideas que transitan por ella, encargándose de instalar un orden con dos características esenciales: capacidad de ocultar y a la vez silenciar. Una de instituciones tiene que ver con la hacienda ganadera como emblema del poder territorial en el lugar de ocurrencia de los hechos analizados. En estas circunstancias “*el saber está ligado al lugar, o lo que es lo mismo: es imposible analizar el discurso histórico independientemente de la institución en función de la cual se ha organizado su silencio*”. Tanto en la novela *Risaralda* como en *Relatos de Gil*, afloran estos rasgos si se le cotejan con materia prima para el análisis.

Desde este marco, la narración literaria de los hechos históricos fue moldeando la faena modernizadora, la cual tuvo una carga inquisidora desde lo moral y, civilizadora en lo cultural. El problema, como hemos subrayado, es que bajo estas reglas del juego la “historia” novelada le habló a la sociedad de ayer, le habla a la de hoy y hablará a la de mañana, a menos que la historiografía contemporánea haga y diga lo contrario. Los negros *retrecheros*, *peligrosos* y *boquimorados* quedaron plasmados en un papel. Viajaron entre las letras de un libro y lograron producir reacciones de miedo entre los lectores. Sobre todo aquellos para quienes la tierra caliente era sinónimo de barbarie, incultura y desazón (Rojas 2003, p. 215). El lugar metodológico adquiere validez en el momento de enlazar la historia con un lugar de enunciación, como condición para analizar su producción discursiva. Desde lo historiográfico, como se insistirá en el argumento, la novela es un producto del proceso empresarial en cabeza de los hacendados. ¿Acaso *Risaralda*, no construye, pues, la leyenda blanca de la colonización desde un discurso que busca purificar las costumbres de los negros, impugnando sus representaciones y sociabilidades con un sesgo racial?. El libro fue, en consecuencia, un constructo racial que causó furor entre los lectores fascinados con la hazaña de los conquistadores ricos y blancos de comienzos del siglo XX.

¿Pero qué se silenció y cómo se silenció? Estas dos preguntas son claves para comprender de qué manera como argumenta Said (2009, p. 43), la novela en la Europa del siglo XIX, se convirtió en un vehículo cultural de identidad hegemónica y en mecanismo de control de los lugares. Más allá de los aspectos culturales de las comunidades objeto del proceso de la expansión del capital a través de la hacienda, con sus fandangos, riñas, *bailes de garrote* y sus costumbres bárbaras (Arias 2010, p. 36), lo que se silenció fue la descampenización por efecto de la mercantilización y transformación de la tierra en suelo agroexportador. En sumas y restas la cultura empresarial blanca instrumentalizó al negro, y despojó de sus atributos identitarios; a su sementera y chocolera; a sus cacaotales que desaparecieron ante el empuje del pasto pará y janeiro, el alambre de púas, y el hato ganadero. Culturalmente los rasgos de la frontera cimarrona fueron satanizados y blanqueados por los aparejos de un proceso económico que transformó el paisaje y con él a una sociedad predominantemente negra que dependía de su agricultura de subsistencia y pesca artesanal. Y ¿el cómo?. A través del lenguaje y sus representaciones. Mediante la construcción de un imaginario que posicionó la supremacía del capital enfundado en la figura del hacendado, como agente civilizador en lo material y lo moral.

Paradójicamente los silencios a los que aquí se aluden se transforman en las voces que integran hoy esta historiografía como una forma de interpelar el mutismo de la historia articulada a la hacienda y las ficciones fundacionales a las que aludíamos anteriormente. Esta especie de arqueología del olvido se atiene a los rastros que contradicen a la trama literaria con la que se mimetizó la realidad. La historia de la resistencia negra ha permanecido oculta tras los lugares de enunciación originados en la hacienda y lo que dicha correlación de fuerzas implicó en términos sociales, económicos y políticos. ¿Qué se ha pretendido silenciar a partir de los sujetos históricos transfigurados en criaturas literarias?, ¿los cuerpos enmudecidos a los que alude De Certeau por efecto de las violaciones a las que fueron sometidas las mujeres de Sopinga? De hecho las narrativas silenciadoras lograron un objetivo inusitado: reemplazar la propia historia discursiva de las relaciones sociales de producción cuando, como en este caso, se estaban precipitando sobre Sopinga y Cañaveral del Carmen los principios de rectores de la destrucción creativa y la economía-mundo. Mi hipótesis es que *Risaralda* es tanto una creación de los procesos de consolidación de la frontera empresarial blanca, como un legado de la colonización cultural ilustrada de la intelectualidad agolpada en lugares sociales del poder, como lo fue Manizales durante el siglo XX.

La lucha historiográfica contra el olvido de los silencios negros es la lucha intelectual por abrir caminos de ruptura entre las narrativas oficiosas y la construcción del Otro. De esa Otredad representada por los deseos civilizadores y modernizadores del capital agroexportador. Esta lucha desigual enfrenta el proyecto novelesco de las élites regionales para imponer su legado histórico a través de constructos culturales cuando aún el Estado estaba en formación (Sommer 2007, p. 46). Así, por ejemplo, cuando los empresarios revestidos de conquistadores contemporáneos incursionaron en el valle y tomaron posesión del mismo también estaban resignificando el espacio lingüístico y semántico a partir de nuevas toponimias con las cuales lograron ejercer control y poder simbólico. Sopinga dejó de llamarse así para denominarse La Virginia. Más que un simple cambio de nombre del poblado, se constituyó en la huella trágica de una historia preñada de despojos de tierras y cuerpos como admite Todorov². Esta fue una de las primeras señales de la organización del silenciamiento y a la postre la partida de bautismo en la cual quedó consignada la operación

² Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2003), 40.

del olvido. Sopinga fue borrada del lenguaje habitual y de ella solo se supo por los murmullos que de boca en boca circularon entre los descendientes de aquellos primeros pobladores negros, como si fuese un fantasma guardián de la cosmogonía afro. Un lugar de enunciación donde el blanco civilizador nunca pudo llegar a pesar de las cruzadas que buscaron producir un espacio racializado, demostrando así que los territorios tienen otros relatos diferentes a los oficiales. Relatos que almacenados en las memorias contra hegemónicas. Memorias sufrientes en todo caso.

Bibliografía:

MARTIN, B. J. *Prólogo*, En: *Civilización y Violencia. A búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Cristina Rojas, Bogotá: Editorial Normal. 2001.

FOUCAULT, M. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1984.

GUHA, R. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Critica. 2002.

SANTOS, J. *Historia Social, Sociología Histórica*. Barcelona: Siglo veintiuno editores, 2010.

CERTEAU, M. *La escritura de la historia*, México: Universidad Iberoamericana. 2006.

PASQUALI, L. *Historia social e historia oral. Experiencias en la historia recientes de Argentina y América Latina*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones. 2008.

ROJAS, C. *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Editorial Norma. 2001.

SAID, E. W. *Cultura, identidad e historia*, En: *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestiona*, Gerhart Schoder y Helga Breuninger, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2009.

SCOTT, J. C. *Los dominados y el arte de la Resistencia. Discursos ocultos*. México: Ediciones Era. 2000.

SOMMER, D. *Ficciones fundacionales, las novelas nacionales de América Latina*, México: Fondo de Cultura Económica. 2007.

TARACENA, A. *De héroes olvidados. Santiago Imán, los huítes y los antecedentes bélicos de la Guerra de Castas*, Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México. 2013.

TOVAR, H. *Que nos tengan en cuenta. Colonos, empresarios y aldeas: Colombia, 1800-1900*, Bogotá: Tercer Mundo Editores. 1995.

VICTORIA, C. A. *El olvido de los silencios en el valle del Risaralda: 1880-1973*, Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira. 2013.